

VIERNES.—Sí, amo (*risita*), ya ves que no era para tanto. Tus maletas ya están en el auto, y Plátano nos espera.

ROBINSON.—¿Plátano?

VIERNES.—(*Riendo*) Se llama así, qué quieres. Es el chófer que nos han dado, ya somos amigos.

ROBINSON.—(*Interesado*) Te hiciste amigo de Plátano?

VIERNES.—Claro, nadie se fija demasiado en mí, y Plátano desciende de la misma tribu que yo, lo descubrimos en seguida: los dos tenemos los pulgares muy largos, siempre fue nuestra manera de reconocernos en otros tiempos. Ven, amo, por aquí.

Ruidos de calle, autos y gente que habla animadamente. Música idiota por altavoces que hacen propaganda comercial igualmente idiota.

VIERNES.—Puedes decirme lo que quieras, amo, Plátano no comprende la lengua de Shakespeare. Pareces triste, amo.

ROBINSON.—No, no es eso, pero... ¡Ah, mira esa avenida!

VIERNES.—Es bastante ancha, en efecto.

ROBINSON.—¡Qué edificios extraordinarios! Y las calles llenas de gente, Viernes, de gente.

VIERNES.—No me parece tan extraordinario. Cualquiera creería que dejaste Londres hace veinte años. Esta es una ciudad como cualquier otra, Plátano me explicó todo. Esta noche, si no necesitas de mí, vendrá a buscarme para ir de juerga. Dice que las mujeres tienen una predilección por los pulgares largos, ya veremos.

ROBINSON.—Viernes, la educación que yo te he dado prohíbe que un caballero... En fin, tal vez Plátano querrá llevarnos a los dos, ¿no crees?

VIERNES.—(*Con tristeza*) No, amo, no lo creo. A su manera, Plátano ha sido muy franco conmigo. Tiene consignas y debe cumplirlas.

ROBINSON.—Como Nora... Como el gerente del hotel... y ahí, mira, esa calle angosta con sus mercados abiertos, las muchachas con vestidos de tantos colores, las tiendas iluminadas en pleno día...

VIERNES.—Igual que en Las Vegas, que en Singapur, que en Sao Paulo, amo. Ninguna diferencia con Nueva York, salvo los mercados y un poco las muchachas.

ROBINSON.—(*Para sí*) Y ¿qué voy a hacer yo en el hotel?

PLÁTANO.—(*Una frase en un idioma incomprensible, dirigida a Viernes que se ríe y le contesta en la misma lengua.*)

VIERNES.—El muy desgraciado, no ha perdido palabra, y yo que pensaba que no sabía inglés... Ustedes han hecho bien las cosas, amo, esa lengua la hablan hasta las focas del Artico.

ROBINSON.—¿Qué te dijo?

VIERNES.—Contestó a tu pregunta sobre el hotel. Encontrarás un programa preparado para ti, con horarios y el resto. Simplemente vendrán a buscarte y te traerán de vuelta. Museos y esas cosas.

ROBINSON.—(*Exasperado*) Qué carajo me importan a mí sus museos, ahora. Lo que yo quiero...

VIERNES.—Ya estamos, amo, baja por este lado. (*Dirige una alegre frase a Plátano, que le contesta con una carcajada y otra frase.*)

Ruidos apagados de un gran hotel. Un altavoz aterciopelado llama a un huésped. Música de fondo.

LOCUTOR.—(*Sobre el ruido de la acotación*) Horas más tarde...

ROBINSON.—Quédate todavía un poco, Viernes. Mira, pidamos whisky y bebamos juntos. Me imagino que tu habitación es tan buena como la mía, ¿verdad?

VIERNES.—No, amo. Es una habitación para criados, muy pequeña y con una ventana que da a un agujero de ventilación.

ROBINSON.—Protestaré, voy a llamar al gerente y...

VIERNES.—No, amo, no vale la pena. Para lo que voy a estar en esa pieza... Además tiene una ventaja que me explicó Plátano, y es que puedo subir por la escalera de servicio, y si por la noche hay alguien que me acompaña, nadie se dará cuenta de nada.

ROBINSON.—Y yo, ¿Viernes? Este programa es abrumador. Es interminable y aburrido, no me dejan un momento libre salvo las horas de sueño. Si por lo menos entonces... En fin, tú me comprendes, no es que yo necesite especialmente encontrar a...

VIERNES.—Claro que comprendo, amo. Mira, si tú no te ofendes y sobre todo si ellas no se ofenden, yo vendré a buscarte por la noche y te cederé mi lugar, o lo compartiremos.

ROBINSON.—Viernes, ¡cómo te atreves!

VIERNES.—Discúlpame, amo (*risita*).

Suena el teléfono

ROBINSON.—Crusoe, sí. / Sí, sí, reconozco su voz. / ¿Dentro de media hora? Sí, claro, la esperaré abajo. / Ah, otro funcionario. / Comprendo, Nora, pero.... / Sí, supongo. Otra vez, entonces. / Sí, yo también espero. / Gracias.

VIERNES.—Pareces triste, amo.

ROBINSON.—No me fastidies con tus curiosidades. No estoy para nada triste. (*Pausa*) Bueno, sí, más bien decepcionado. Perdóname, no quise ser grosero.

VIERNES.—¿Me dirás quién es Nora, amo?

ROBINSON.—Casi no la conozco, es la persona que me recibió en el aeropuerto. Ahora me avisa que van a venir a buscarte. Por un momento pensé en ella.... En fin, es una visita al museo de antropología.

VIERNES.—¿Por qué no le pediste que te acompañara, amo?

ROBINSON.—Porque me hizo saber bien claro que no sería ella quien vendría a buscarte sino el conservador del museo. Tal vez mañana... Sí, tal vez mañana sea ella quien venga... (*repite para sí la frase*).

Pausa. Leit-motiv, apagadamente.

VIERNES.—Bueno, si no necesitas de mí por el momento...